

EL CUERPO ERÓTICO: OCULTO Y DESVELADO. UN DIÁLOGO ENTRE EL DESEO Y LAS PRENDAS DE VESTIR

Roser López Monsò

Centre de Documentació i Museu Tèxtil de Terrassa

El cuerpo erótico es una construcción cultural cambiante. A lo largo de la historia, la representación de aquello que es susceptible de despertar deseo sexual se ha encarnado en ideales concretos e, incluso, en iconos de carne y hueso que hombres y mujeres han intentado imitar. El erotismo se concentra en un anhelo, en una tensión entre la potencialidad de ofrecerse sexualmente al deseo y el deseo satisfecho.

A lo largo de nuestra vida establecemos multitud de diálogos con la prendas de vestir e, inevitablemente, cubrimos nuestro cuerpo o lo mostramos de maneras muy distintas. En la construcción del cuerpo erótico la indumentaria juega un papel fundamental, ya que es parte constitutiva del binomio oculto-revelado. En este sentido, la naturaleza de las piezas de vestir es ambivalente, ya que éstas contribuyen a la ocultación y al mismo tiempo a la visualización de lo oculto, es decir, permiten hacer visible lo invisible sin que por ello pierda su condición de secreto.

El erotismo define la búsqueda y evocación del placer que nutre y enriquece el complejo universo del deseo sexual, es amor sensual, es pasión y exaltación del instinto carnal, y se construye íntimamente en la vida interior del ser humano. No obstante, se basa en una búsqueda exclusiva y externa, pero a la vez personal, del objeto del deseo. Un deseo que interiorizamos, un hecho de conciencia que nos penetra y seduce mediante los sentidos. Nuestros órganos sensoriales, receptores de aquello que nos envuelve, se encargan de transmitir al cerebro multitud de señales agradables, desagradables o neutras. Dicho marcaje inicial será definido posteriormente por las neuronas de los sistemas cerebrales del placer; no obstante, el goce sexual no solo está mediatizado por nuestros sentidos sino también por nuestros valores y bagaje emocional.

Primordialmente, en nuestra aproximación al mundo exterior vemos y tocamos. La experiencia táctil proporciona reacciones sexuales más intensas que los demás órganos sensoriales y a dicha experiencia se asocian una serie de zonas de nuestros cuerpos, denominadas erógenas: superficies cutáneas y mucosas que reaccionan más

rápida e intensamente que otras a los estímulos sexuales. Por otro lado, cabe tener en cuenta que la condición del mundo que nos rodea es que puede ser visto. Para el ser humano, el sentido de la vista tiene una importancia capital en general y, en particular, por lo que se refiere a la generación e intercambio de estímulos eróticos. La visión puede asociarse al tacto, puesto que se anticipa a éste y en muchos casos lo sustituye mediante la proyección mental de escenas imaginarias.

La visión de los genitales, de las zonas erógenas o de aquellas partes del cuerpo que están asociadas a nuestro universo sexual, resulta incompleta sin un marco global donde encaja, culturalmente, nuestro concepto de belleza, que remite también a nuestros gustos personales y a una idea de cuerpo entendido como un conjunto complejo y dinámico. Nuestra manera, occidental, de mirar el cuerpo desnudo difiere de la de otras culturas; y quien comparte un mismo lenguaje de la mirada comparte, evidentemente, ciertos códigos. En nuestra sociedad, tradicionalmente heterosexual y patriarcal, la mirada sobre los cuerpos se ha cimentado sobre unos códigos que encajan con los roles sexuales de mujeres y hombres.

La conducta sexual de ambos sexos es diferente en diversos aspectos, por lo que se refiere a manifestaciones o móviles afectivos; básicamente se asocia lo erótico con el cuerpo femenino. En el universo de las fantasías públicas, la sexualidad femenina se ha definido a partir de su correspondencia con la sexualidad masculina. Los hombres han ostentado, y se han representado, en una posición de poder que entre otros aspectos está potenciada por el hecho de ser ellos quienes miran, y no las mujeres; a esto se suma su capacidad potencial de elegir. Por el contrario, si a los hombres les excita el poder, a las mujeres les agrada la sumisión, el hecho de sentirse vulnerables, son elegidas por el macho y por este motivo su misión es atraerlo. Tradicionalmente, se ha argumentado que a las mujeres en general no les excita mirar.

Por estos motivos la ropa femenina ha sido más sexualizada -se le ha reservado el elemento decorativo relativo al atractivo sexual- que el vestuario masculino, más definido por el poder, el dominio físico y social, que no por el sexo. La ropa considerada sexy resta poder a la mujer, puesto que hace que ésta parezca y se sienta más vulnerable, tanto por lo que se refiere a la apariencia como a la comodidad. El cuerpo femenino se ha erotizado de muchas y diversas formas a lo largo de la historia, y en estos procesos la indumentaria ha jugado un papel muy importante. Se trata de un juego constituido por una serie de señales sensuales que abren las puertas a un mundo

de anticipaciones gratificantes, indicadores que fijan la atención y ponen en marcha automáticamente los resortes de la evocación sexual.

En general, un movimiento, una actitud o una prenda de ropa por sí mismos y considerados individual o aisladamente no resultan eróticos; es la totalidad de un cuerpo, su dinámica, todo un complejo entramado de detalles intrínsecos e incluso contextuales, aquello que convierten un cuerpo y una prenda de vestir en eróticos. En realidad, hasta la indumentaria menos sexualizada puede resultar erótica, depende del uso que se haga de ella. Algunos movimientos son eróticos por sí mismos porque recuerdan actitudes sexuales más o menos explícitas, o dejan al descubierto partes del cuerpo que normalmente permanecen ocultas; el mismo hecho de andar, por ejemplo, puede resultar excitante, teniendo en cuenta que además de la actitud individual interacciona con el cuerpo todo aquello que llevamos encima de él.

Una de las funciones del vestido ha sido y es la de señalar las diferencias entre el sexo masculino y femenino. A lo largo de la historia, el hecho de evidenciar la bragueta o el uso de hombreras ha remarcado atributos masculinos y otras muchas, como por ejemplo el miriñaque del siglo XVIII o los vestidos escotados, atributos femeninos. Otra de las funciones de la indumentaria y de los adornos que la complementan es la de realzar el atractivo personal de los individuos, exaltar su poder de atracción. Es en esta esfera donde el cuerpo comienza a erotizarse, espacio donde entran en juego la belleza, la capacidad de seducir y la sexualidad. Por otro lado, una actitud claramente sexual se demuestra de diferentes formas entre personas de distintas edades o clases sociales, por ejemplo.

La indumentaria convierte el cuerpo, sobretodo el femenino, en erótico porque evidencia su sexualidad. Y lo hace de maneras muy distintas, y bajo una premisa concreta: la de ocultar y desvelar al mismo tiempo. La ropa interior, por ejemplo, potencia la desnudez puesto que, de hecho, la anticipa y a su vez constituye una estrategia para redescubrir el cuerpo al desnudo y lo que su contemplación nos provoca. La máxima expresión de este proceso es el acto de desnudarse en sí mismo, privado, pero sobretodo su extrapolación a la esfera pública como acto de exhibicionismo intencionado: el striptease. De hecho, existen prendas que se han convertido y convierten en eróticas por el mismo hecho o proceso de despojarnos de ellas, como es el caso de los guantes que Rita Hayworth se quita sensualmente en *Gilda* (1946).

La indumentaria también deviene erótica porque nos remite a un cuerpo, el de la persona que deseamos, e incluso al nuestro; pero también a un cuerpo público, en el

cual proyectamos nuestro ideal de atractivo sexual, y que está representado por determinados personajes -del mundo del cine, la música o el deporte, por ejemplo- a medio camino entre la realidad y la ficción, que encarnan modelos de belleza. De hecho, la ropa que pertenece a una persona y es llevada por ella retiene algo de su ser, toma su forma y su olor, puesto que se amolda al cuerpo más o menos directamente, y puede haber estado en contacto con la piel y los genitales. La máxima expresión de esta asociación la encontramos en el objeto fetiche, que despierta impulsos eróticos en el individuo. Dicho objeto sustituye al cuerpo y, específicamente, a los órganos sexuales femeninos. Esta utilización de la ropa femenina depende, está claro, de la supuesta equivalencia entre la sexualidad de la mujer y el vestuario femenino.

Determinadas prendas son eróticas porque se utilizan para complacer, pero también nos autocomplacemos con su uso. Cuando elegimos nuestro vestuario expresamos, lo que sentimos, y el placer que provoca el hecho de atraer, de seducir, se confunde con el deleite más íntimo y narcisista de agradarse. De hecho, vestirse para el sexo supone también un juego de anticipación sensual, que se completa con la acción de exhibirse delante de alguien que contempla. El hecho de llevar determinadas prendas que remiten al imaginario sexual público y/o privado resulta estimulante eróticamente.

Las prendas dialogan de muy diversas formas en la construcción del cuerpo erótico, con el fin de descubrir determinadas zonas donde la mirada se ancla y se concentra. Por ejemplo: la combinación de vestido sin tirantes y el uso de guantes largos provoca que la mirada se centre en los hombros desnudos y el escote.

Por lo que se refiere a las prendas exteriores, la indumentaria se adapta al cuerpo de diferentes maneras, sus estructuras son muy diversas y cambiantes. Uno de los aspectos clave del diálogo entre la indumentaria y el cuerpo es la zona donde se disponen las fronteras de la tela en relación a la superficie descubierta. Algunas prendas de ropa permiten descubrir a voluntad ciertas partes, como es el caso de todas aquellas que se abotonan por el delantero así como aquellas que incorporan la cremallera como sistema de abertura y cierre; este ejemplo, en líneas generales también podría ser válido para el cuerpo masculino. Un cuerpo que, básicamente, se erotiza mediante el descubrimiento del torso o la insinuación del sexo oculto.

Por lo que se refiere al cuerpo femenino, una de las zonas de atracción incluye el cuello y los hombros, el pecho y el abdomen; en ella entran en juego las prendas que cubren el tronco superior. La atracción de la mirada sobre las zonas delanteras -el cuello y los hombros, y el busto- depende de la medida y la forma de la abertura de las

prendas; en este sentido la tipología de los escotes juega un importante papel. Un escote tipo palabra de honor centra la atención en la parte alta del busto y, sobre todo, en los hombros; con el escote en pico la mirada se centra en los senos. Cabe destacar la importancia de la espalda desnuda y de la nuca, en caso de llevar el pelo corto o recogido. Por ejemplo, el escote o cuello halter clásico dirige la mirada hacia los brazos y parte de los hombros y sobre todo hacia la espalda, que queda al descubierto.

El otro foco de interés erótico se concentra en el tronco inferior; y por lo que se refiere a la indumentaria exterior, el interés se centra en las piernas, que anticipan el sexo oculto. Si están vestidas resultan bellas y elegantes, puesto que aunque aparezcan semiocultas, mantienen su forma original. Su visión depende del largo de la falda y de su abertura vertical en el caso de que se trate de una prenda sin demasiado vuelo.

El largo de la falda ha variado bastante, tanto históricamente como debido a los dictados de la moda. En el caso de la minifalda, por ejemplo, su potencial función erótica quedó contrarestanda con el uso del panty. La mujer ganaba comodidad y cerraba la abertura sexual simbólica que había perdurado con el uso de las medias y el ligero. Cabe tener en cuenta que la importancia erótica de determinadas zonas del cuerpo ha variado o se ha intensificado según las épocas. Por ejemplo, la mujer no mostró los tobillos en público hasta la segunda década del siglo XX; anteriormente, esta zona y el pie eran un foco de atención erótica.

Si cambian las zonas de interés, también cambia la forma de los cuerpos; se imponen modelos ideales, promocionados por modas que favorecen a unas tipologías concretas. En el último tercio del siglo XIX el trasero era un foco de atención, posteriormente ésta se desplazaría a los senos; en cambio en los años 70 del siglo XX, con el menosprecio de la faja que constreñía las nalgas y las disimulaba, el trasero volvería a liberarse en detrimento del pecho.

Un aspecto que cabe tener en cuenta no son solo las partes de piel al descubierto sino el hecho de que la indumentaria exterior puede descubrir la indumentaria interior, que está cargada de un significado erótico aun más potente por el hecho de estar en contacto con los atributos sexuales, como por ejemplo ligas y ligeros, sujetadores o bragas que pueden entreverse.

Otra forma de poner en evidencia los atributos sexuales del cuerpo es mediante el uso de prendas ceñidas que evidencian sus formas: senos, cintura, caderas, nalgas, etc. Se adaptan a la superficie, la cubren como una segunda piel: camisetas o pantalones

ajustados, vestidos ceñidos, etc. Por el contrario, el vestuario exento de propiedades sexuales es aquel que no se ciñe al cuerpo sino que disimula sus formas.

Mediante la distorsión de algunas partes del cuerpo también se genera una cierta atracción visual, erótica. Un claro ejemplo son los sujetadores que realzan los senos y/o les añaden volumen; o los corsés históricos, de reducidísima cintura, el uso de miriñaques que amplificaban las caderas o los polisones que proyectaban el trasero hacia atrás. También podría ser considerada una distorsión del cuerpo la que se produce al utilizar zapatos de tacón alto, no solo porque alteran la figura elevándola sino porque distorsionan el caminar femenino, provocando un balanceo sugerente y que evoca una cierta vulnerabilidad.

Existen una serie de prendas muy asociadas a la presentación del cuerpo erótico, que remiten al universo de la intimidad. Se trata de los vestidos de tocador o dormitorio: batas, negligés, combinaciones, camisones, picardías, etc. A inicios del siglo XX, y debido a un relajamiento de las costumbres sociales, el estilo de las prendas de alcoba cambió hacia inspiraciones más estudiadamente sensuales y glamourosas. Este tipo de vestidos pueden cubrir e insinuar el cuerpo ataviado con prendas de ropa interior o, sencillamente, desnudo. Además de estar en contacto con la piel de manera bastante íntima, tradicionalmente están fabricadas con materiales sedosos que exaltan el sentido del tacto y también de la vista: colores suaves como los tonos pastel o incitantes como el negro.

En general, este tipo de prendas han abanderado la seducción y el glamour, y en determinadas épocas se han inspirado en los vestidos de noche. Están directamente asociadas a la intimidad, se usan exclusivamente en casa y, tradicionalmente, están vinculadas al dormitorio y a sus espacios adyacentes. De hecho, remiten a la actividad sexual, pero sobretudo al antes y al después; tanto al universo de la seducción y a los juegos eróticos, como al placer consumado y a un cierto relajamiento. Antes de que el desnudo femenino hiciera su presencia en las pantallas cinematográficas, si la escena lo requería las actrices aparecían ataviadas con prendas de alcoba. Se trataba, sin lugar a dudas, de un equivalente simbólico de la desnudez. Las combinaciones de raso y encaje se convirtieron en todo un símbolo erótico que pasó directamente de la ficción a la realidad cotidiana de muchas mujeres.

La ropa interior -sujetadores, bragas, ligas y ligeros, e incluso medias- deviene excitante porque está en contacto directo con los atributos sexuales y, al cubrirlos, los magnifica, así como evidencia la desnudez del resto del cuerpo. La denominada lencería

sexy se asocia directamente con la incitación erótica y puede ser considerada como un complemento del acto sexual; de hecho, múltiples versiones de este tipo de piezas -así como los diseños más explícitamente sexuales de prendas exteriores- forman parte del universo de la pornografía.

Hasta inicios del siglo XX no se empezaron a diseñar sujetadores, y a medida que el uso del corsé disminuía, paralelamente a los cambios formales de la indumentaria exterior, los diversos modelos se fueron sucediendo innovación tras innovación. La concepción de esta prenda ha estado y está enfocada a conseguir la sujeción más adecuada y cómoda de los pechos, pero también a realzarlos y aumentar su tamaño. En diversas ocasiones, a lo largo del siglo XX, el foco de atracción erótica se ha centrado en el busto, que ha sido modelado de diversas formas. En los años 50, por ejemplo, los sujetadores con costuras circulares se pusieron muy de moda. Realzaban el pecho gracias a las nuevas técnicas de costura, los hacían más pronunciados y los modelaban en forma de cono. En los años 90, triunfaron los sujetadores de la marca Wonderbra, de tiro alzado y acolchados, que elevaban los pechos y aumentaban, ficticiamente, su volumen.

Las piernas resultan eróticas si están vestidas, pero las medias deben ser finas, suaves y lo suficientemente transparentes. Las innovaciones tecnológicas y sobretodo la aparición de la maquina circular en los años 50 del siglo XX, y la utilización de nuevos materiales -de la seda a las fibras artificiales, hasta el nylon en los años 40- contribuyeron al perfeccionamiento de una prenda que embellece las piernas y disimula sus imperfecciones. El acto de quitarse las medias es una actividad altamente erótica, lenta y sensual como un caricia, puesto que cubren una superficie considerable sin que por ello su atractivo se vea alterado sino todo lo contrario. La mirada se desplaza del tobillo hacia arriba, hasta el límite de la falda, y se detiene en el trasero. De hecho, las medias conducen la mirada hacia el sexo, en definitiva, señalan el camino; de ahí su simbolismo sexual como prendas abiertas, es decir, que una vez puestas no cubren los genitales. Este simbolismo está reforzado por la prenda encargada de sujetarlas: el ligero.

El ligero es un prenda de una carga erótica muy potente, puesto que además de sujetar las medias y de ser una pieza abierta, enmarca los atributos sexuales y los magnifica, los señala inevitablemente dejando al descubierto tanto el pubis como las nalgas. Desde los corsés de principios del siglo XX hasta los corselettes de los años 30, y las fajas hasta el triunfo de los pantys en los 60, diversas prendas incorporaban

anclajes para sujetar las medias. Actualmente, además del ligero, distintos modelos de corpiños sexys incluyen sistemas de sujeción; también contribuyen a erotizar el cuerpo semidesnudo. Las ligas, utilizadas durante siglos, perdieron protagonismo frente a dichos sistemas de anclaje; no obstante, representan en cierto modo una especie de frontera, una zona de atención a medio camino entre el cuerpo descubierto y el sexo oculto.

Las bragas, abiertas en sus inicios, cubren los genitales y, por lo tanto, son la prenda más sexual de todas, la última que se quita habitualmente la bailarina de striptease. Su equivalente masculino, y en según que variantes, es una de las pocas prendas que también puede convertir el cuerpo del hombre en erótico. Se han ido adaptando a los cambios de la moda: se cerraron y acortaron a medida que la falda subía, se amoldaron a la figura hasta adaptarse a ella como una segunda piel, a medida que las prendas exteriores se ceñían al cuerpo; han bajado su cintura cuando las prendas exteriores bajaban a cadera; se han ido reduciendo hasta su mínima expresión. El tanga es el ejemplo más claro: un retal de ropa que cubre mínimamente el sexo, la última tentación, y lo señala perfectamente en forma de triángulo, dejando al descubierto las nalgas.

Pero el poder de erotizar el cuerpo que ostentan ciertas prendas no solo depende de su diseño y disposición, sino también de los materiales empleados en su confección, ya que éstos seducen y visten al cuerpo de una manera más incitante que otros. Los tejidos semitransparentes, por ejemplo, utilizados en diversidad de prendas, juegan con el hecho de velar el cuerpo de un modo muy tenue. Los atributos de las telas consideradas eróticas se basan en conceptos relacionados con el tacto y la caída o adaptación de las piezas al cuerpo, sobre como las piezas se convierten en una caricia; son livianas, sutiles, sedosas.

Los materiales y tipos de tejidos ofrecen una información sensual, simbolizan la piel de la persona que los lleva, además de despertarnos sensaciones táctiles son, de por sí, visualmente evocadores. Terciopelos, rasos, pieles y plumas atraen las caricias. La seda es quizás la materia primera con más connotaciones eróticas. Tiene un tacto agradable, es tan suave que parece tibia, su contacto con la piel es muy agradable; pero es un material caro que ha sido sustituido por otras fibras artificiales y sintéticas, o mezclas, -que imitan su brillo y suavidad- con el objetivo de abaratar el precio final de las prendas.

El color tiene una importancia fundamental, bien sea uniforme o combinado, y su apreciación ha cambiado según las épocas. En el primer cuarto del siglo XX, por ejemplo, los colores blanquecinos, amarillentos y rosados se consideraban de buen gusto, en cambio los colores oscuros -negros y morados- estaban asociados a mujeres de dudosa moralidad. Actualmente, los tonos claros se vinculan a la delicadeza y a la ternura, los colores tradicionalmente infantiles definen una imagen aniñada y traviesa, y los colores oscuros se asocian con la experiencia y la dominación.

Una vez existió una Edad de Oro de la lencería (1830-1914), en que las prendas íntimas eran abundantes y sofisticadas, al alcance de una minoría. Por ejemplo, las combinaciones de cubrecorsé y calzas tenían gran aceptación a finales del siglo XIX y principios del XX. Las bragas, abiertas, permitían realizar las necesidades fisiológicas sin tener que quitarse la pieza, pero lo que lo quedaba abierto, permanecía inasequible gracias a varias capas de ropa. En la construcción del cuerpo erótico entran en juego múltiples referentes históricos sobre tipologías de vestuario, estilos o prendas concretas. De hecho, la concepción simbólica de la mujer abierta, de sexo desprotegido, que viste un vestido -evidentemente abierto por abajo-, calzas abiertas, medias y ligas, es un representación histórica del sexo femenino, asequible y vulnerable. Pero se trata de una imagen que empieza a modificarse -como consecuencia de ciertos cambios sociales que la moda traslada al mercado de consumo- mediante el uso de calzas cerradas, y muy posteriormente pantys en lugar de medias, e incluso pantalones.

No obstante, ciertas piezas consideradas históricas conservan una clara función erótica como las medias y el ligero, el corsé o el bustier, por ejemplo. En definitiva, son piezas que además de realzar el cuerpo desnudo ralentizan el acto de desvestirse o desvestirlo, reminiscencias de otro tiempo en que llegar al sexo se convertía en un camino no exento de dificultades -múltiples capas de ropa, diferentes prendas y distintos y laboriosos sistemas de abertura- pero no por eso menos erótico. De hecho, mucha de la lencería considerada erótica conserva un cierto aire histórico, romántico, puesto que el encaje constituye su elemento ornamental básico.

También existen una serie de prendas que forman parte de nuestro universo erótico aunque en realidad se empleen con fines diferentes, como por ejemplo determinados uniformes o ropa de trabajo vinculada a profesiones que implican fuerza y rudeza, por lo que se refiere al cuerpo masculino; y a su vez, ciertas profesiones femeninas que implican subordinación o aquellas otras que implican orden y castigo.

Otras prendas específicas que también habría considerar son las destinadas a los juegos eróticos sadomasoquistas.

Para la mujer vestirse sexy implica, a veces, una cierta incomodidad y ciertos riesgos. La exposición del cuerpo debe adaptarse a la ocasión, puesto que si no es así, el mensaje transmitido queda fuera de contexto. Tradicionalmente, se considera que la ropa femenina sexualmente evidente contiene la esencia de la feminidad, aunque no la lleven todas las mujeres, pero en el caso de los hombres no sucede lo mismo; la ropa masculina no se ha erotizado públicamente como la femenina. Entre ellos predomina la exhibición en un contexto masculino, entre otros hombres, y no delante de la mujer. En el caso de la pornografía, por ejemplo, se puede observar que el hombre no se muestra ante la mujer del mismo modo que ella a él; quizás la respuesta debemos buscarla en las pautas de dominación existentes entre ambos sexos.

En una época en la cual la heterosexualidad ha dejado de ser la única forma de sexualidad pública y legalmente reconocida –aunque aún quede un largo camino por recorrer- existen ciertos códigos de identificación de identidades. La indumentaria, independientemente de nuestro sexo biológico, es lo que queremos ser, informa de nuestra manera de vivir la sexualidad, de nuestros anhelos, de lo que estamos dispuestos a dar y a recibir, y por descontado la moda se hace eco de ello. Actualmente, existen y conviven nuevas maneras de vivir la sexualidad y, por lo tanto nuevas formas de expresión erótica. Ya no existe un solo cuerpo erótico, femenino o masculino, sino cuerpos ambiguos, que no se corresponden solo con aceptaciones y fantasías heterosexuales u homosexuales, sino con una forma general y distinta de entender la sexualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- BRESSLER, K. W. & NEWMAN, K. (1999), Un siglo de lencería. Status Ediciones, Arrigorriaga.
- CAROL, M. (1994), El portamitges. Edicions La Campana, Barcelona.
- DESCAMPS, M. (1986), Psicología de la moda. Fondo de Cultura Económica, S.A. México.
- GAVARRÓN, L. (1982), Piel de Ángel. Tusquets Editores S.A., Barcelona.
- LEROY, M. (1996). El placer femenino. Ediciones Paidós Ibérica S. A., Barcelona.
- LURIE, A. (1994), El lenguaje de la moda. Ediciones Paidós. Barcelona.
- RIVIÈRE, M. (1983), Historia de la Media. Edición Hogar del Libro. Barcelona.
- SALGADO, E. (1971), Erotismo y sociedad de consumo. Ediciones 29. Barcelona.
- SANZ, Josefina. Psicoerotismo femenino y masculino. Editotial Kairós. Barcelona 1990.
- SQUICCIARINO, N. (1990), El vestido habla. Ediciones Cátedra, S.A. Madrid.
- TOBEÑA, A. (1995), El cervell eròtic. Edicions La Campana. Barcelona.